El Puñal de los Celos.



EL PUÑAL DE LOS CELOS

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON A. M. GARCIA.

MADRID.

INDICADOR DE LOS CAMINOS DE HIERRO.
Costanilla de los Angeles, 3.
1875.



EL PUÑAL

DE LOS CELOS

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON A. E. M. GARCIA.



MADRID.

INDICADOR DE LOS CAMINOS DE HIERRO.
Costanilla de los Angeles, 3.
1875.

A MI QUERIDISIMO PADRE

EL SEÑOR

DON AGUSTIN N. MÁDAN,

EL MAS AMANTE

EL MAS CARIÑOSO, EL MEJOR DE LOS PADRES.

Como un debil tributo de amor filial y profunda gratitud.

El Autor.

Habana.—Octubre de 1874.

PERSONAJES.

MARIA.
MAGDALENA.
EDUARDO.
PABLO.
LÚCAS.
JUANA.

Época actual. — La accion pasa en el Sardinero, provincia de Santander.

ACTO PRIMERO.

Sala amueblada con decencia, pero sin lujo.— Mueblaje algo anticuado. Puertas al fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA.

LÚCAS.—MARIA.—MAGDALENA.

LÚCAS. (A Magdalena.) Vaya! Vuelva la alegria
á brillar sobre tu rostro;
que en vez de duelos y llantos,
hoy es jornada de gozo!

MAG. Oh! Al fin volveré á estrecharle
en mis brazos! Dios grandioso!
Que tan dulces esperanzas
alejen al mal en torno!

LÚCAS. Vamos, mujer; siempre tú
ves las cosas de ese modo!
Aun en medio de tus dichas
asoma el llanto á tus ojos.
Es poca la suerte nuestra?
Placer es acaso corto
el que el destino nos dá?
Poder contemplar su rostro,
tras una terrible ausencia
que eternamente deploro!

(A María.) Por qué te escondes, María?
No compartes mi alborozo?

MARIA. Oh! Señor ¿no veis mis lágrimas?
Es que de júbilo lloro;
de las grandes emociones
es el llanto desahogo.

LÚCAS. Tú te acordarás de Pablo,
no es cierto? Aunque era muy mozo
cuando salió de este pueblo.....

MARIA. Su grato recuerdo escondo
en mitad del corazon!
(Aparte.) Harto por mi mal le adoro!

LÚCAS. (Con intencion) Tú has de quererlo, María,
Cual quiere un hermano á otro.

MARIA. (Conmovida.) Ah! Señor cuán bueno sois;
vuestra nobleza conozco.

LÚCAS. (Idem.) Si das en llorar, María,
tendré que formarte coro...

MARIA. Vosotros, de mi orfandad
fuísteis el único apoyo;
mis lágrimas enjugásteis,
disipásteis mis enojos.
¿Cómo no quereis que siempre,
de mi afeccion en abono,
contempleis en mí esta lágrima,
permanente testimonio
de amor y de gratitud?

LÚCAS. Mujer, harás que mis ojos!...

MARIA. No os enojeis porque os pago
con mi único tesoro.

MA '. Trueca, María, esa pena
por merecido alborozo;
lo que contigo hemos hecho
no merece tanto elogio.
Desvalida te encontramos,
huérfana, pobre; socorro
demandabas; te lo dimos

llenos de cristiano gozo.
Tú has crecido; y al saber
que te prestamos apoyo,
agradecida en estremo
te muestras hácia nosotros.
Cumplir con la ley de Dios,
prestar al menesteroso
un auxilio; esta es la accion
que evocas tanto; eso es todo.

LÚCAS. Vamos; que Pablo esta tarde
llegará; no me equivoco,
que el paterno corazon
dá á mis palabras abono;
y el corazon del que es padre
jamás se engañó á sí propio.

MAG. Las habitaciones listas
estarán, porque supongo
que María habrá cuidado...

MARIA. Sí, madre; todo está pronto...

LÚCAS. Quédate aquí de atalaya,
María, miéntras nosotros
en la vecina parroquia,
las gracias al Poderoso
le damos, porque hoy nos deja
gozar de la dicha el colmo.

(Lúcas se emboza en la capa, y descolgando su sombrero, sale por la puerta del fondo acompañado de Magdalena.)

ESCENA II.

MARIA, sola

Porqué late el corazon
con tan rápida premura?
Es delirio, es ilusion,
el placer que mi razon
sueña con dulce ventura?

A mirarle volveré,
cielo, si favor me das;
oh! No me engaña esta fé,
que amarle siempre podré
sin separarnos jamás...
Y entónces, porqué medrosa
doblo abatida la frente?
¿Porqué en senda tan hermosa,
una imágen dolorosa
mi pecho encontrar presiente?
Bastante no fué el rigor
que me deparó la suerte?
Dispondrá el hador traidor
que sea un eco de dolor,
quien me siga hasta la muerte?
Ilusiones, por fortuna,
que mi cerebro forjó,
¿porqué creer que nos desuna
el mal que desde la cuna
mi existencia marchitó?
Bendigo, Dios, tu poder,
porque al fin has disipado
mi latente padecer,
trocando en grato placer
mi infortunio inmotivado;
que le hallen pronto estos brazos,
avaros de su pasion,
si no quieres que en pedazos,
rotos sus últimos lazos
estalle mi corazon!

ESCENA III.

JUANA —MARIA

JUANA. Conque es cierto, señorita,
que don Pablo vá á volver?

MARIA. Sí, Juana; cómo palpita
ante ilusion tan bendita
regocijado mi sér.
La intensidad calcular
podrás tú de esta ventura,
porque no habrás de ignorar
que le amo con singular
pasion, que casi es locura!
Si á la huérfana olvidada
brindó fecundo consuelo
de su amor con la alborada,
qué estrañas que en su mirada
cifre el encanto de un cielo!

JUANA. Pero don Pablo sabrá
que usted acepta su amor?

MARIA. Mi lábio se lo dirá,
si no lo esplicaron ya
mis ojos y mi rubor.
A entrámbos, de igual edad,
ignorado afecto unia;
sin juzgar nuestra ansiedad
juntónos una amistad
que con los años crecia.
Amistad que dulcemente
enlazando al corazon,
fué despertando en la mente
esa simpatía ardiente
que el mundo llama pasion.
Y sin llegarlo á entender,
sin sospecharlo jamás,
en nuestro mútuo querer
un férreo y suave poder
concentraba nuestra paz.
Amor que nos atraia
con misterioso anhelar,
y que en el pecho latia,
al ver él á su María,

ella su Pablo al mirar.
Arcano estraño y profundo;
inesplicable desvelo,
tesoro en dichas fecundo
que apellida amor el mundo,
que llama delicia el cielo.
Talisman que olvida agravios,
que en placeres trueca enojos;
que solo interpretan sábios,
con las sonrisas los lábios,
con las lágrimas los ojos.

JUANA. Dichoso el que sabe amar
con esa llama bendita.....
Mas me parece escuchar...
Quizás no tarde en llegar;
vámonos, pues, señorita.

MARIA. Sí; que comprima mi amor
ese momento que ansía,
denunciándome traidor;
pues lo mismo que el dolor
suele matar la alegria.

(Ambas se van por la izquierda.)

ESCENA IV.

PABLO, que entra algunos instantes despues por la puerta del fondo muy conmovido.

Oh! Dejad que la emocion
que evocais en mi existencia,
salga con noble vehemencia
del fondo del corazon.
Qué ventura tan sincera,
qué dicha tan dulce y pura,
el miraros nos procura,
sitios de mi edad primera.
Cuál me logró sostener

del mar en la lontananza,
esta risueña esperanza;
la de volveros á ver.
Dejad que en mi conmocion
la sangre á mi sien afluya;
que vuestra imágen destruya
mi pasada decepcion!
Cómo haceis que mi memoria,
contemple, con dicha estrema,
en cada piedra un poema,
en cada mueble una historia!
Recuerdos de aquella paz
de delicias seductoras;
recuerdos de aquellas horas
que no habrán de volver más.
Epopeyas infantiles,
que aun al fulgor de las canas,
saben conservar lozanas
sus matices juveniles!
Hoy á verme volverás,
al ofrecerme tus senos,
con una esperanza ménos,
con un desengaño más.
En vano de mi razon
los recuerdos se renuevan;
¿porqué los años se llevan
pedazos del corazon?
Porqué, tiempo sin bonanza,
con ciego afan nos despojas
una á una, de las hojas
del árbol de la esperanza?
Cuánta ilusion anhelada,
cuánta calma apetecida,
cuánta ventura querida,
cuánta dicha ambicionada,
nos arrancan tus mudanzas
del destino á los acuerdos,

al dejarnos en recuerdos
trocadas las esperanzas!

ESCENA V.

PABLO —EDUARDO.

EDUAR. Tu tardanza al extrañar,
aunque tal vez no te cuadre,
te interrumpo; pues tu padre
en breve habrá de llegar.
PABLO. Dime, lo has visto?
EDUAR. No; pero
por la doncella he sabido,
que á la iglesia habian ido
á pedir al Justiciero
por tu vuelta deseada.
PABLO. Cuál mi suerte les inquieta!
Qué sorpresa tan completa
encontrarán á su entrada!
*Justo tributo pagado (1)
*á los que al verme perdido,
*con tanto amor me han querido,
*con tanta fé me han llorado!
EDUAR. Debiste, cual se decia
en tus cartas avisar...
PABLO. Les hice, Eduardo, anunciar
de nuestra llegada el dia;
pero en tu reproche cesa;
si la hora les callé,
era solo para que
fuese mayor la sorpresa.
EDUAR. Saben que te sigo en pos?
PABLO. No, Eduardo; me proponia

(1) Los versos señalados con el asterisco pueden suprimirse en la represeniacion

procurarles en un dia
en vez de una dicha, dos.
Cuando sepan de este igual
afecto los dobles lazos,
encontrarás en sus brazos
un cariño paternal.
A jurártelo me allano;
que al conocerte, de fijo,
te mirarán como á un hijo,
como si fueras mi hermano.

EDUAR. Tantos favores sin cuento,
cuándo llegaré á pagarte?
Cómo podré demostrarte
mi eterno agradecimiento?

PABLO. Mas...

EDUAR. Mi gratitud te pruebo.

PABLO. Por ella ganando salgo.

EDUAR. Obra tuya es cuanto valgo;
cuanto soy á tí lo debo.
Sin tí, á las flechas traidoras,
de un hado en daños prolijo,
hubiera sido, de fijo,
un cadáver á estas horas.
Jamás la memoria pierdo
de tu noble compasion.

PABLO. Por qué herir tu corazon
con tan tétrico recuerdo?

EDUAR. Al contrario, gozo en él
tus obras al evocarte,
pues logro patentizarte
que mi gratitud es fiel.
De aquella noche te acuerdas,
Pablo, terrible y fatal,
en que el viento desigual
del buque rompió las cuerdas?

PABLO. Sí; tu nave hácia estribor
corriendo, débil é incierta,

despedazó su obra muerta
al chocar con mi vapor.
Rotos sus palos flotaban
á la merced de los vientos,
y del timon los fragmentos
con la espuma centelleaban.
Aun en mis oidos zumba
tu grito; á no andar ligero...

EDUAR. (Interrumpiéndole.)
El marino aventurero
labrado hubiera su tumba!
Lográra entonces calmar
este destino arbitrario
al encontrar solitario
un sepulcro sobre el mar.

PABLO. De tus anhelos extraños
me asombro. ¿Por qué ese horror
al mundo, estando en la flor
de los juveniles años?

EDUAR. Porque no ves de mi herida
todo el abismo profundo;
qué puede ofrecerme el mundo?
para qué quiero la vida?
Huérfano de los autores
de mis dias, que en fatal
hecatombe, fin mortal
del Océano á los furores
encontraron, fin que envidio,
qué más risueña esperanza
en su oscura lontananza
me brinda el mal con que lidio,
que de esa paz la embriaguez
tan dulce, jamás turbada;
la paz de una tumba helada
junto á un fúnebre ciprés?
*Descanso suave y bendito,
*panteon de eterna calma,

*reposo que lleva el alma
*al seno de lo infinito!
*Compónese nuestra vida
*de prismáticos matices;
*para los hombres felices
*es dicha no interrumpida.
*Todo aparece sonriente;
*en todo miran la huella,
*de la rutilante estrella
*que les alumbra esplendente.
*Pero para el desgraciado
*como yo, pobre infeliz,
*cuya abierta cicatriz
*jamás la suerte ha cerrado,
*es la existencia un desierto,
*una tempestad oscura,
*un sol que luz no fulgura
*por nubes mil encubierto;
*un capuz que el denso velo
*de compactas brumas cubre,
*en el que no se descubre
*ni un solo trozo de cielo!
*Hondo abismo que al averno
*remeda, sin luz ni faro,
*y que como solo amparo
*nos brinda el reposo eterno!

PABLO. Me ofende tu escepticismo
porque lo juzgo infundado.
¿Idólatra te has tornado
del servil materialismo?
¿Qué estraño afan te encapricha?
No te vés, desde la cuna,
poseedor de una fortuna
que garantiza tu dicha?
Y si es cierto que has perdido
á esos padres que adorabas,
pobres víctimas esclavas

de un destino inmerecido,
bálsamo fiel y cristiano
de tu suerte al doble dardo,
en mí no has hallado Eduardo,
en mí, que te llamo hermano?

EDUAR. Sí, Pablo; y puedes creer
que es solo tu amor profundo
el lazo que me une al mundo
y me arranca al padecer.....
*Pero sin embargo, siento
*tan completa repulsion
*por todo, mi corazon
*dominado está violento,
*por un pesar que me hastía
*de tal modo, que á no ser
*el puro y noble querer
*que te tengo, llamaría
*al mundo vana ilusion,
*oscuro problema al cielo,
*al amor falso desvelo,
*á la virtud convencion!

PABLO. (Sin poderse contener.)
*No de esa doctrina en pos
*tu extraviado lábio me hable...
*Solamente un miserable
*llamará problema á Dios!
(Reponiéndose.)
Perdona, Eduardo á mi ardor,
si altivo tu acento trunca...
Bien se conoce que nunca
sintió tu pecho el amor.

EDUAR. Líbreme Dios de su hiel;
no amo Pablo, ni jamás
trocaré mi entera paz,
por vértigo tan infiel.
Luz fátua que el corazon
en la mente entronizando,

vá traidora despojando
de su brillo á la razon!

PABLO. Prematuro y triste fruto
de la falta de creencia...
Negarás, pues, la existencia
del amor en absoluto?

EDUAR. No extrañará mi adversario
si de afirmarlo me abstengo,
pues justamente en él tengo
la prueba de lo contrario.
Pero creo que alevoso
mi sino, tan crudo ya,
del número me excluirá
en que él se cuenta orgulloso.

PABLO. Quizás, pese á tu decir,
algun dia has de cambiar;
nadie puede formular
juicios sobre el porvenir.

EDUAR. Afirman que es la pasion
un martirio deleitable,
un tributo irrefutable
que reclama el corazon;
tributo del cual resulta
pocas veces la alegría,
y á menudo esa agonía
que al alma en vida sepulta.
Esto decir no querrá (Con jovialidad)
que yo adore en la materia;
pero, Pablo, de la féria,
hablamos segun nos va.

PABLO. *Increible inmensidad
*divide nuestra opinion;
*yo creo que es la pasion
*probada necesidad.
*Dulce, benéfica calma,
*al hombre tan inherente
*como al pájaro la fuente,

*cual la religion al alma.
*Así cual la nutricion
*nuestro organismo sustenta,
*así como se alimenta
*del aire nuestro pulmon,
*tambien el alma requiere,
*como diaria subsistencia,
*de esa letal influencia
*el culto, que nunca muere.
*Ráfaga de bien fecundo
*con que Dios quiso atenuar
*nuestras penas, al cruzar
*este erial que llaman mundo!
*Desconocidos ardores
*que ya el alma presentía;
*de la mortal agonía
*lenitivos bienhechores.
*Luz que en nuestra juventud
*resume la humana historia;
*emulacion de la gloria,
*diadema de la virtud.
*Estímulo seductor
*que nos dá la dicha estrema;
*ese es el dulce poema
*de cuatro letras: amor!
*¿No entonan grata armonía
*del bosque las gayas aves,
*cuando con reflejos suaves
*muestra el alba un nuevo dia?
*Quién esos cantos divinos
*les inspira protector?
*¿Quién sino un eco de amor,
*es el que vibra en sus trinos?
*No recorre acaso el pez,
*ansiando tambien amar,
*los alcázares del mar
*en su opaca lobreguez?

*De esa vehemente terneza,
*á la ardiente vibracion,
*no sabe el fiero leon
*domar su ruda fiereza?
*La flor cuya tez sedosa
*del aura se dobla al peso,
*no acoje lánguida el beso
*de la abeja voluptuosa?
*Cómo, pues, á los amores
*quiere oponerse tu alma,
*cifrando en ellos su calma
*aves, brutos, peces, flores?
Negar la divina esencia
de ese amor inmaterial,
es la parte espiritual
negar de nuestra existencia!

EDUAR. Oh! yo concibo el amor,
no creas tú que lo niego;
hasta el más mísero ciego
del sol presiente el fulgor.
Pero ya sin ilusiones,
sin esperanzas, sin calma,
vírgen por completo el alma
de morales emociones,
comprendo, en pena deshecho,
de mi destino vasallo,
que de esa ventura el rayo
no ha de vibrar en mi pecho.

PABLO. En este arcano ideal
que llamamos corazon,
cada cual de una pasion
sustenta oculto raudal;
más para sentir el riego
de ese ignorado placer,
una chispa es menester
que trueque la nieve en fuego.

EDUAR. Acérrimo defensor

eres tú de un sentimiento,
que degenera en tormento
del que siente su calor.

PABLO. Quien ama, en la majestad
cree de Dios, noble y perfecta;
que es el amor la directa
prueba de su potestad.

EDUAR. Bien se nota el frenesí
con que amas á una mujer...

PABLO. Pronto la has de conocer,
pues vive tambien aquí.

ESCENA VI.

PABLO.—EDUARDO.—LÚCAS.—MAGDALENA

LÚCAS. (Arrojándose sobre Pablo.)
Hijo de mi corazon!

PABLO. Padres mios!

MAGD. (Abrazándole.) Por fin vuelvo
á verte! No es de mis ojos
acaso iluso deseo?

PABLO. No, padres, no; á vuestro lado
me teneis; no volveremos
á separarnos jamás.

MAGD. Dios sin duda desde el cielo
oyó mis fervientes preces,
y á mis brazos te ha devuelto.

LÚCAS. (Con el acento de la reconvencion cariñosa.)
Tanto tiempo, Pablo mio,
tanto tiempo sin ponernos
dos letras. Oh! tú no puedes
calcular por un momento
cuánto hemos tu madre y yo
sufrido.

PABLO. Lo considero
fácilmente al comparar

tambien mi pesar acerbo.
Circunstancias que más tarde
os revelará mi acento,
la causa fueron no más
de ese forzado silencio.
No achaqueis á ingratitud
padres mios, os lo ruego.
lo que azares complicados
á mi pesar decidieron.
Pero permitidme antes
que satisfaga mi anhelo,
presentándoos al Señor
don Eduardo de Rioseco,
marino cual yo, y amigo
digno del más alto aprecio,
á quien miro como hermano
y al que muchos bienes debo.

EDUAR. Oh! Pablo, no así exajeres
de mi cariño el desvelo;
yo por el contrario soy
quien debiera...

LÚCAS. Caballero,
las palabras de mi hijo
son ya sobrado decreto
para que os considereis
de esta casa entero dueño.

EDUAR. Oh! cómo podré pagaros
tantos favores á un tiempo?

PABLO. Deberes no son favores...

EDUAR. Sabed ya que el hijo vuestro
me ha salvado la existencia;
que solo por él aliento,
y que es su cariño el único
lazo en que cifro mi apego
á una vida malhadada,
pródiga en múltiples duelos.

MAGD. Tanta ventura á la par!

Cuán felíz me considero,
hijos mios!

EDUAR. (Conmovido.) Ah! Señora
ese dulce nombre, tierno,
que escuchar más no esperé,
es el mayor de los premios
que mi amistad hácia Pablo
pudiera soñar.

PABLO. No creo...

MAGD. A cuántos riesgos sin duda
te habrás visto, Pablo, expuesto
durante tus travesías
por los mares. No comprendo
cómo es que te has resignado
á pasar el mejor tiempo
de tus años juveniles
en el Océano, sufriendo
con heróica resistencia
sus azarosos denuedos.

PABLO. Ah! madre, es que no sabeis
de cuantos encantos bellos
está poblada esa vida
que mirais del lado tétrico.

MAGD. Espectáculo monótono
brinda á mi ver ese piélago,
siempre inestable en sus calmas,
siempre en sus iras funesto.
Cuando del buque mirabas
brumosa costa á lo léjos,
á volver hácia la tierra
no te impulsaba un deseo?

PABLO. Por vosotros, padres mios,
con vuestro Pablo tan buenos,
mi barco ansiaba dejar
por tal de abrazaros presto.
Pero estais en un error:
por qué supone tu acento,

madre mia, que es monótono
ese Oceano siempre espléndido?
Sabeis lo que es ese mar,
cuyo diáfano azul terso
fuente es de mil emociones,
cuna de mil pensamientos?

(Pausa suficiente para justificar la transicion del metro.)

Imágen sublime que (1)
de Dios el poder revela,
él al que llora consuela,
fortaleciendo su fé;
pues parece que ese Dios
cautivo ante su belleza,
decidió de su grandeza
el sello ponerle en pos.
Alcázar es, que en sí encierra
preciadas joyas sin par,
dando al hombre un bienestar,
que en vano buscó en la tierra.
Ora sus ondas nevadas
como en amante suspiro
á los soplos del cefiro
se agiten entrelazadas,
ora extraña majestad
de súbito revistiendo
se conmuevan al estruendo
de jigante tempestad;
ya en su tranquilo reposo,
ya en su combate lejano,
siempre es bello el Oceáno,
el mar es siempre grandioso!
Sabe vuestra fantasía
la fuente nunca agotada
que esa llanura azulada

---

(1) Los actores que lo juzgasen conveniente puedén suprimir este parlamento en la representacion, continuando donde principia de nuevo el romance.

encierra fiel de poesía?
Quién ha podido olvidar
los encantos que atesora,
si ha visto salir la aurora
alguna vez en el mar?
Cuando de la noche oscura
la luz el celaje doma,
habeis visto cómo asoma
aquella lumbrera pura
que tras fantástico monte,
como un punto apareciendo
vá lentamente subiendo
por el lejano horizonte!
Cómo aumentado va luego
aquel punto enrojecido,
hasta quedar convertido
en una rueda de fuego!
Cómo ostenta su grandeza,
ese sol, astro sin par,
mirando á sus piés el mar;
los cielos á su cabeza!
Entónces siente el marino,
de aquel desierto en la calma,
que en el fondo de su alma
bulle un destello divino;
y es, que del espacio en pos
al sondear la inmensidad,
comprende la majestad
infinita de su Dios!
Y presa de aquel desvelo
abstracto, casi intuitivo,
por un impulso instintivo
levanta la vista al cielo!
Tu pecho al error redime;
porque en ese mar profundo
es donde el Autor del mundo
se nos muestra más sublime!

MAGD. Dices muy bien, hijo mio,
de ese espacio en el silencio,
espacio que la verdad
puebla sola con sus ecos,
es dó á aquilatarse llega
la potencia de los cielos!

LÚCAS. Pablo, al fin me has conmovido!

PABLO. Padre, perdonad mi empeño.
Pero en dónde está María?
Cómo es que ausente la encuentro?

LUCAS. Justamente aquí se acerca;
y nosotros, comprendiendo
por el fuego de tus ojos
lo que nos calla tu acento,
con ella á dejarte vamos,
aunque tras costoso esfuerzo!

PABLO. Oh! padre.

LÚCAS. Crees ingrato,
que todo no lo sabemos?

PABLO. Y qué opinais?

LÚCAS. Que un buen padre
debe ser siempre el primero
en secundar la ambicion
que el hijo esconde en su pecho,
siempre que no esté reñida
con su honor.

PARLO. Benigno cielo!
Oh! gracias, padres. Me haceis
el más dichoso.

LÚCAS. Silencio,
que ya se acerca María;
pon á tu emocion un freno,
y háblala; porque á mi ver,
no habrás de perder tu tiempo.

MAGD. Hasta despues Pablo mio.

LÚCAS. (Haciendo pasar á Eduardo por la puerta de la izquierda.
Cuando gusteis, caballero!

ESCENA VII.

PABLO, solo.

No es acaso una ilusion
de este deseo ferviente?
Cómo palpita vehemente
conmovido el corazon!
Sí; pronto en dulce emocion
la encontrará mi ansiedad;
haz Dios justo de bondad,
con bienhechora mudanza,
que esta indecisa esperanza
se convierta en realidad!

ESCENA VIII

PABLO.—MARIA.

PABLO. Ah! mi María.
MARÍA. Pablo!
PABLO. Ya el cielo
á sus rigores
fijando un término,
muestra á mis penas
de un bien inmenso
la perspectiva
que tanto anhelo!
á ver tu rostro
felice vuelvo!
MARÍA. Oh! Cuán gozoso
latió mi pecho
cuando mis ojos
te descubrieron.
PABLO. Ya para siempre,
verásme tierno
junto á tu lado
de amor sediento.

MARÍA. Tanta ventura
que casi es sueño,
jamás se trueque
por dolo acerbo!

PABLO. Dime María,
bien hechicero,
miéntras ausente
mi sino adverso
de tí me tuvo,
algun recuerdo
no consagrabas
al que en el medio
del mar airado,
de amor muriendo
solo en tu imágen
halló el consuelo?

MARÍA. Si tal hacías,
lo mismo he hecho,
que esas memorias,
esos recuerdos,
son de mis dichas
los pensamientos!

PABLO. Oh! cuán gozosa
tu acento tierno
torna á mi mente
presa de duelos!
Por fin aceptas,
angel benéfico
de mi amor puro
los juramentos?
No es fugaz soplo
de mi deseo,
este, del alma
feliz ensueño?
Díme que acojes
mi amor sincero...
Dí que me quieres!

Dime que es cierto!

MARÍA. ¿No ya mis ojos
con vivo fuego
te interpretaron
lo que sintieron?
¿Del alma mia
no oiste el eco,
en la elocuencia
de su silencio?
Y este suspiro
que exhala el pecho,
de mi existencia
no te hizo el dueño?
No son los lábios
débil reflejo
de lo que gozo,
de lo que siento!

PABLO. Oh! mi adorada,
que Dios el premio,
te legue un dia,
cual yo le ruego.
Tú de mi vida
fuiste el aliento,
mis esperanzas
cifré en tu afecto.
Si mis placeres
por tí nacieron,
por tí tan solo
vivir anhelo.
Cuando las olas (1)
del mar inmenso
con espumosos
cristales tersos,
tiernas besaban

---

(1) Este parlamento y el siguiente de María se pueden suprimir en la representacion, si lo estimasen conveniente los directores de escena.

mi barco intrépido,
solo en mi mente
solo en mi pecho
brotaba el nombre
que yo mas quiero;
casi más dulce
que el nombre cielos,
porque es el nombre
de mis ensueños.
Cuando la noche
su manto negro
sobre los mares
iba estendiendo,
ya cuando el rayo
del sol postrero
tras horizontes
se fué perdiendo,
aun en mi alma
restaba un fuego
para alumbrarla
con su destello.
Fuego perenne;
fuego, en mi seno
que se inflamaba
con tu recuerdo!
Cuando las ondas
con hondo estruendo
se atropellaban
en raro estrépito,
cuando los mares
al marinero
triste sepulcro,
diáfano féretro,
crueles brindaban
en sus desiertos;
en los sublimes
largos momentos

que vida y muerte
daban á un tiempo,
yo no sentia
febril desvelo,
de los temores
bajo el imperio.
Y era María
porque en el medio
de mi tranquilo
pecho sereno,
vivió tu imágen,
qué al verme espuesto,
rogó sin duda
por mí al Eterno!
Calcula ahora,
dicha del cielo,
cuánto es mi gozo,
cuánto mi anhelo,
hoy que á mis lares
torné de nuevo;
hoy que te escucho!
hoy que te veo!

MARÍA. Oh! Pablo mio;
si mi recuerdo
nunca apartado
fué de tu pecho,
tampoco el tuyo
por un momento
de mi existencia
viviera léjos!
Cuando en las noches
de insomnio acerbo,
reposo en vano
podí á mi lecho,
con solo un nombre
mi pensamiento
trocaba en dicha

su atroz desvelo.
Y era esa dicha
que dióme el cielo
la que encontraba
con tus recuerdos!
Si en los jardines
los tallos tiernos
se doblegaban
libando el céfiro,
yo con envidia
miré sus juegos,
y hasta del áura
sentí mil celos...
porque pensaba
que aquellos vientos
retozarian
con tus cabellos!
Cuando mis ojos,
del mar sin término
los espumosos
oleajes vieron,
en cada onda
mandéte un beso;
en cada espuma
te dí un recuerdo!
Y cuando airadas
se estremecieron,
chocando rudas
con largo estruendo,
yo en preces puras
rogaba al cielo,
que te salvára
de un fin funesto!
Y él me ha escuchado,
pues que benéfico
á tus hogares
hoy te ha devuelto.

Calcula Pablo,
mi gozo inmenso,
ya que no ignoras
cuánto te quiero
hoy que nos junta
por fin el cielo;
hoy que son uno
nuestros dos senos.

PABLO. Oh! cuán felice,
tesoro bello,
me hacen tus lábios
con tal deseo.
Que nunca, suerte,
me halle despierto,
si es lo que escucho
no más que un sueño!

MARÍA. Pronto, mi Pablo,
los dos veremos
que es nuestra dicha
sólido templo.

PAPLO. Bendito seas,
arcángel célico.

MARÍA. Por fin, en goces
troqué mis duelos!

ESCENA IX.

PABLO.—MARIA.—EDUARDO.

EDUAR. Pablo! Pablo!

MARÍA Oh! Dios!

PABLO. No temas...

EDUAR. (Reparando en María.)
Ah! Señorita... (Qué miro!
Qué belleza! Fuego estraño
en mi pecho conmovido
se enciende solo al mirarla)...
(Quédase estático contemplándola.)

PABLO. Llega; presentarte ansío
á este jóven, cuyo nombre
no te es ya desconocido.
María, la que ha de ser
mi esposa en breve...

EDUAR. (Aparte, mirándola siempre con tenacidad.)
Oh! martirio!

PABLO. María, mira en Eduardo
á mi más probado amigo,
y trátale desde hoy
cual si fuera hermano mio.
(A Eduardo.)
Eduardo, en vano quisiera
las dotes que en ella admiro
pintarte, porque muy en breve
las descubrirás tú mismo.

EDUAR. Señorita!

MARÍA. Caballero!...

PABLO. Se prohiben los cumplidos!...

EDUAR. (Aparte) Oh! Cuál se agita mi alma
de una emocion al dominio
que jamás creí sentir!
Cuál de sus ojos el brillo,
á este helado corazon
enardece.

MARÍA. Lo que ha dicho
Pablo de usted, caballero,
me basta, para que sínceros
mis lábios, fieles intérpretes
de mi pecho, desde hoy mismo
le consideren cual uno
de mis mejores amigos.

PABLO. Los lazos que nos ligáran
no son misterio escondido
para Eduardo, que posee
mis pensamientos más íntimos!
Así, desde ahora, tanto

á él como á tí, os exijo
que os trateis sin etiquetas
como antiguos conocidos.

EDUAR. Oh! Cuán desgraciado soy!
(Aparte) Corazon, conten tus ímpetus,
que ella su esposa ha de ser,
y es por Pablo por quien vivo.

PABLO. (Observando á Eduardo)
Qué te pasa, Eduardo? Dí
qué tienes? Por qué encendido
miro tu rostro?

EDUAR. (Con sonrisa forzada.) Perdona,
si la emocion no resisto.
Tantos placeres, á cual
más grandes en un dia mismo,
la sola causa son, Pablo,
de que me halles conmovido.
(Aparte) Por qué turbado, mi lábio,
denuncia este amor proscrito?

PABLO. No obstante, Eduardo; no encuentro...

EDUAR. Ignoras que mi destino
(Marcando las frases.)
sañudo siempre de tales
alegrías me ha excluido?
Poco acostumbrado estoy
al goce; mucho al martirio!

PABLO. (A María) Eduardo es muy desgraciado
por su genio descreido...
Creerás tú que del amor
niega el poder infinito?

MARÍA. Es posible, caballero?
A mi ver, ese dominio,
dulce tirano del alma
es el más sólido vínculo,
que une al humilde mortal
con el Hacedor Divino.

EDUAR. Hubo un tiempo, señorita,

en que negué sus hechizos,
pero hoy ya... (Conteniéndose y aparte.)
Qué iba á decir!..
Calla lábio; calla pio!

PABLO. Vamos, al fin te convences
que era tu error inaudito;
á tí María, la gloria
te tocó de convertirlo.

EDUAR. Oh! no, Pablo. Aunque te burles
de mi refractario instinto,
hoy más que nunca lo niego!

PABLO. Cómo? Y nuestro ejemplo mismo
á tus ojos palpitante,
no te decide á admitirlo?

ESCENA X.

Dichos, LÚCAS.

LÚCAS. Pablo, Eduardo, venid todos
que ya el humeante cocido
nos aguarda.

PABLO. Ven, Eduardo...

EDUAR. Andad, que en seguida os sigo...
(abriendo la ventana).
Quiero el aire del jardin
respirar.

PABLO. No te lo impido.
(Vánse todos ménos Eduardo, por la derecha.)

ESCENA XI.

EDUARDO, solo.

De mi loca fantasía
es esto acaso un delirio?
De qué nace este martirio
que ya va siendo agonía?

Del amor en el combate
quien nunca sintió pasion!..
Si no tengo corazon
qué es esto que tanto late?
Pobre mortal que no aciertas
un capricho á avasallar;
dejándote dominar
por esas llamas inciertas!
Que es el amor? Un desvelo,
una contínua tortura,
una fingida ventura,
un abstracto y vago anhelo!
A qué con torpe razon
hija no más del cinismo,
pretendo acallar yo mismo
la voz de mi corazon?
La amas, Eduardo; y alcanzas
que es inútil lo que alientas?
con qué ilusion te alimentas?
dónde están tus esperanzas?
Ella la esposa vá á ser
de tu más probado amigo,
del que se espuso contigo
por salvarte, á fenecer!
De la tortura en el potro
me coloca siempre el hado;
el corazon por un lado
y la amistad por el otro...
Qué hacer; cómo la ansiedad
terminar de esta opresion?
Me detiene el corazon!..
me separa la amistad!..
(Cae el telon)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Decoracion de jardin; á la derecha la puerta que da entrada á la casa; por el fondo una verja corrida, con puerta en el centro practicable.—Bancos en los primeros términos.

ESCENA PRIMERA.

LUCAS y MAGDALENA, (sentados ambos).

LÚCAS. Mujer, si no estás contenta
de contentar no eres fácil;
todo por fin te sonríe,
llegaron á realizarse
tus risueñas esperanzas.
Ya Pablo acabó sus viajes,
y por siempre con nosotros
habitará en sus hogares.

MAG. Sí, Lúcas, es la verdad.
Razon no tengo al quejarme;
tranquila puedo morir,
y segura de dejarle
un porvenir sonriente,
y á más de brillante, estable.
He llenado la mision
que Dios impone á una madre;
para ella tomar las penas,

y al hijo los goces darle!

LÚCAS. Cuándo será el matrimonio?
Porque á juzgar las señales,
los dos muchachos se quieren
mucho; no hay más que observarles,
á ocultas, cuando se miran
para comprender que es grande
el amor que se profesan,
amor que ya mucho antes
de partir Pablo sentian
sin acertar á explicarle.

MAG. Yo tambien quisiera, Lúcas,
que en breve se haga el enlace...
Será tal vez aprension
que no halla do cimentarse;
pero oigo una voz secreta
en el fondo impenetrable
de mi alma que presagia
aflicciones y pesares
en ese cariño...

LÚCAS. (Interrumpiéndola) Siempre
estás tú dále que dále,
buscando penas y duelos
do solo hay felicidades...
Eso, mujer, es hacer
mal de ojo á los amantes;
eso es del diablo tentar
la cólera incontrastable.

MAG. (Abstraida.)
Yo de María no dudo;
por el contrario, me place
para esposa de mi hijo...
Pero Lúcas una madre,
una madre verdadera,
del porvenir al tratarse
que la suerte de su hijo
decidirá, no te enfade

de mi cariño el esceso,
teme siempre, porque amante
quisiera el funesto escollo
de los males evitarle.

LÚCAS. Si no dudas de María,
entónces, en qué fundaste
ese cobarde temor
que es casi incalificable?
Mucho peor no seria
mujer, que al contrarestarle
la inclinacion, su desgracia
con tu propia mano labres?

MAG. No te lo puedo explicar
Lúcas, ¡ojalá me engañe!
pero muchos sinsabores
preveo que ha de costarle
á Pablo este casamiento.

LÚCAS. Seamos más materiales,
y examinemos las cosas
como séres razonables.
Tú, Magdalena, convienes
en que María te place...
No piensas por un momento
en que ella llegue á faltarle.
Dudar de sus sentimientos
fuera hacerte ofensa grave,
á tí que la has educado
con desvelos maternales.
Que Pablo adora á María,
con la fé más inviolable,
es cosa que hasta el más lerdo
adivinára al instante.
Apénas llegado ayer,
llevado de sus afanes,
por pensar solo en la huérfana
casi desdeñó á sus padres.
Quieres más pruebas tener?

No bastan estas señales
para comprender que entrámbos
á disputa se idolatren?
En qué otra causa fundar
puedes tus puerilidades?
Si los dos chicos se quieren,
y si no lo estorba nadie,
nuestra mision, á mi ver,
es dejarlos que se casen.
Poner obstáculos fuera,
no habiendo causa más grave,
á ilusiones engañosas
postergar las realidades.
Dí, mujer, en qué te fundas;
da una razon terminante,
y en seguida, te lo juro,
cambio en todo de dictámen...

MAG. Me fundo solo en la voz
del corazon.

LÚCAS. Pero, válgame
el Señor! qué es lo que dice
esa voz inesplicable?

MAG. Inesplicable al llamarla
dices verdad; pero antes
recuerda que tú lo has dicho:
«Que se equivoque no es fácil
un paterno corazon...»
Podias tú cuenta darte
de lo que te presagiaba
ese corazon? Pues casi
me sucede á mí lo mismo...
Si un padre cree no engañarse,
por qué engañado juzgar
al corazon de una madre?

LUCAS. El tiempo se encargará
de ir borrando esos pesares,
producto de tu escesivo

cariño, pero qué diantre,
mujer, no te aflijas miéntras,
que tanto fatal percance
no vislumbro yo, á despecho
de mis muchas navidades...

MAG. (Mirando hácia la verja, por la cual aparece Pablo, reflexivo y caminando con lentitud.)
Mira, Lúcas, mira á Pablo...

LÚCAS. Bien revela en su semblante,
por lo abstraido que está,
cuánto amor en su alma late!
Procura delante de él
tus temores ocultarle...

MAG. No, Lúcas; por el contrario,
al dar un paso tan grave
que habrá de cambiar su suerte,
quizás no nos perdonase
nunca, si hablarle evitáramos
hoy que aun es tiempo, esplicándole
nuestros secretos temores...
Tal vez él nos desengañe...

LÚCAS. Bien; si es caso de conciencia,
te permito que le hables...

MAG. Pero...

LÚCAS. Me voy; está visto,
no valgo para estos lances!
(Váse por la derecha.)

ESCENA II.

MAGDALENA y PABLO.

PABLO. Qué dirás, madre, de mí,
que te he llegado á olvidar,
por dar pábulo al amor
que en mí late? Oh! no creais
que nunca vuestro cariño
pueda otro afecto amenguar.

MAG. Hijo mio, no te culpo ..
Bien concibo yo que estás
bajo el dominante influjo
de la pasion más voraz...
No puedo en nada culparte!...
No! Si es lo más natural,
que aquellos que por tí hicieran
tantos sacrificios ya,
hoy en tu alma pospuestos
se miren por otro afan!

PABLO. Madre! No me digas eso;
vosotros siempre ocupais
el sitio más preferente
de éste pecho en la mitad!

MAG. Qué bien se trasluce Pablo,
lo enamorado que estás!

PABLO. Sí, madre, mucho; y al cielo
no ceso siempre de dar
las gracias, porque en mi ruta
puso un ser angelical.
María, madre, es tan buena;
yo disfruto de tal paz
cuando me encuentro á su lado...

MAG. Que nos llegas á olvidar!
Celos son estos, de madre,
Pablo, que perdonarás,
no es cierto, al ver que los dicta
un cariño sin igual?

PABLO. Descubro en mi idolatrada
tanta modestia, á la par
de un amor fiel y constante
que ni aun mi ausencia fatal
entibió; miro en sus ojos,
nuncios de felicidad,
y auroras de vivos fuegos
do mi sol cifrado está,
tanta ventura escondida,

de amor tan puro raudal,
que á implorarte vengo, madre,
el término de mi afan.

MAG. Crées tú que á su lado siempre
tendrás ese bienestar?

PABLO. Sí, madre; tan poseido
estoy de que así será,
que solo de tí depende
que se torne realidad,
este sueño de mi mente
por lo puro, celestial;
esta hechicera esperanza
que me alumbraba en el mar.

MAG. (Con gravedad.) Paso grave, Pablo mio,
de trascendencia vital,
es el paso que resuelto
tu amor se propone dar.
Pero, trocando por calma
de tu pasion la ansiedad,
de esa ilusion despojado,
que suele ser tan fugaz,
has meditado despacio
en lo que vas á efectuar?

PABLO. Sí, madre; estoy decidido.

MAG. Perderás la libertad;
á una cadena perpétua
de flores al empezar,
y despues de duros hierros
tu amor te esclavizará...
Aparta el vértigo, Pablo,
de tu juvenil afan,
y piensa en las exigencias
de ese contrato social,
que la muerte solamente
de romper fuera capaz.

PABLO. Tienes madre algun motivo
de fundada gravedad,

para hacerme desistir
de ese hondo amor, por el cual
placeres me brinda el mundo
y encantos la sociedad?

MAG. (Aparte) A qué por nécios temores,
de mi amor hijos no más,
marchitar sus esperanzas
y su ilusion disipar?
(alto) No; hijo mio, por fortuna,
motivo en contra no hay.

PABLO. Oh! madre mia, me haces
el más dichoso mortal...
Abrázame; la primera
habrás de ser en secar
las lágrimas que en mi júbilo
los ojos inundarán.

MAG. Yo misma eduqué á María,
y yo la he enseñado á amar
á Dios; testigo constante
fuí de su vida... mas ay! (Llorando)

PABLO. (Asombrado.) A qué ese rebelde llanto
pugna así por anublar
tu rostro, madre? No sabes
que no te separarás
de mi lado? Dulces lágrimas,
hijas de felicidad
te tolero; pero un llanto
que es aborto de un pesar,
no esperes que sufra el dia
que mi dicha alumbrará!

MAG. Tienes razon, hijo mio...
Vé presto á comunicar
esta ventura á María...

PABLO. Sí, madre, Dios premiará
tu inmenso amor hácia mí...

MAG. Si os lega tranquila paz,
labrará el premio mayor

que yo pudiera soñar...
Pero, escúchame, hijo mio,
ese amigo que aquí está...

PABLO. Eduardo? No temas madre,
es un corazon leal.

MAG. Confianza en él depositas?

PABLO. Cobra la tranquilidad...
Le miro como á un hermano...

MAG. Está bien; no digo más.
Busca á María, y la nueva
anúnciale sin tardar. (Váse Pablo.)

ESCENA III.

MAGDALENA sola.

(Con mucho fervor.)
Dios mio, que sea feliz!
que merezca tu bondad!
que las penas que le guardas
hiendan en mí su puñal!

(Váse Magdalena; queda la escena sola durante breves instantes. Eduardo aparece por la puerta de la verja.)

ESCENA IV.

EDUARDO, solo.

Oh! que horrible suplicio, que agonía,
se ceba por mi pecho!
En balde la razon, la calma fria
invoco sin cesar; anhelo vano!..
Cada vez crece la fatal herida,
que de este corazon en el arcano
lentamente acabando va la vida!
Por qué las fibras de mi helado seno
así enardece tu febril delirio?
Por qué decretas mi fatal martirio

al infiltrarme tu traidor veneno?
Engañosa sirena,
que me brindas tu encanto sonriente,
al condolerte de mi triste pena,
no más me sigas; por piedad, detente!
Quise huir; en mi sér un generoso
impulso de nobleza,
gritábame imperioso:
«Llama á tí la cristiana fortaleza!
Abandona este hogar, infiel amigo;
no conviertas los goces en pesares,
al que en mitad de los furiosos mares
se espuso noble á perecer contigo!
Él te brinda su pan; te da su lecho...
y tu pagas su afecto, agradecido,
robándole el tesoro más querido,
el puro amor que alimentó su pecho!
Sigue la senda que te traza el hado,
y en silencio al llorar tu desventura,
el llanto que condensa tu tortura
guarda en cáliz, de todos ignorado!»
Por qué el piélago inmenso y solitario
que cual la duda que me abrasa oscila,
á mi suerte negó tumba tranquila
de este lento en lugar, rudo calvario?..
«Refrena un loco amor que es solo un sueño,»
con voz austera la razon me dice;
en vano la amistad mi afan maldice,
y me muestra el deber su airado ceño!
Lucha terrible y cruel! El triple grito
de amistad y deber y sentimiento,
no podrá dominar el solo acento
que brota nécio el corazon maldito?
Ah! pobre humanidad! Con fria calma,
por qué no quiere comprender tu dolo,
que un juguete pueril eres tan solo,
de ese abstracto anhelar que llamas alma?

Pobre cerebro, sí! ¿Por qué eres juego
no más de un corazon que te domina?
Por qué aunque luches con empeño ciego
la causa al combatir que te asesina,
vencido siempre por las penas crueles
nunca alcanzas del triunfo los laureles?

ESCENA V.

EDUARDO.—PABLO.—MARIA.

(Eduardo al verlos acercarse se oculta tras las enramadas).

MARIA. ¿Con qué es de véras? Que en breve plazo,
el sol veremos de nuestra union?
PABLO. Sí amada mia, sagrado lazo
nos da por premio nuestra pasion.
MARIA. Qué buena madre te diera el cielo!
tú nunca, Pablo, podrás pagar,
los sacrificios que tus anhelos
hace dichosa por coronar.
PABLO. Santuario noble guarda mi seno,
dándome vida con su calor;
y con tres nombres solo está lleno;
los de mis padres... y el de mi amor!
EDUAR. (Oculto) Oh! cruel suplicio; ruda agonia...
Yo sus amores voy á escuchar!..
Porqué una tumba negóme impia
mi triste suerte, bajo la mar?
En vano invoco feliz bonanza...
PABLO. Quién nuestra dicha pudiera ver!..
EDUAR. (Oculto) Ay! del que llora sin esperanza!
PABLO. Feliz me has hecho con tu querer.
Tú no conoces hermosa mia,
todo el tesoro de mi pasion...
Hasta en su sueño por tí latía
regocijado mi corazon.
Cuando en los mares algun consuelo

mi pobre pecho necesitó,
al nombre escelso del Dios del cielo
siempre juntaba tu nombre yo.
Ay! del que en medio de su llanura
solo un recuerdo guardaba fiel...

EDUAR. (Oculto) Ay! del que á solas amargo apura
sus propios celos, en cáliz cruel!

MARÍA. Un ser en tanto por tí vivia,
por tí rogaba, clamando á Dios
por el marino que no volvia,
de los peligros del mar en pos!

PABLO. Al fin comprendes mi amante esceso?

MARÍA. Sí, Pablo mio.

PABLO. En prueba fiel,
deja que estampe púdico beso
sobre esos lábios de dulce miel!

MARÍA. Pablo, qué haces!..

PABLO. No rigorosa
un premio niegues á mi pasion;
por que es de nácar tu tez preciosa
ha de ser nácar tu corazon?

EDUAR. (Oculto.) Dios que te llamas consuelo eterno,
dáme esa calma que no hallo ya;
y hablo de calma..... ¡Dáme un infierno,
que su tortura menor será!

PABLO. Idolo mio, en ánsias ardo
porque mi amigo sepa este bien!..

MARÍA. Pablo!..

PARLO. No temas; verás que Eduardo
dichoso entónces será tambien.
Díme ángel mio, dí que me quieres;

MARIA. Tú eres mi sola felicidad...

EDUAR. (Oculto) Deber impio, qué amargo eres!
oh! qué costosa fué la amistad!

MARIA. Porqué mi Pablo, des que te quiero,
desde que vivo con tu arrebol,
me luce el mundo más placentero,

y me parece más bello el sol?
La amante tierna que así te adora,
por qué en su sueño creyó admirar
tintes de ámbas en esa aurora,
diáfanas perlas en ese mar?
Porqué la rosa le dá en su broche
dulce poema, con su poder?
Porqué le brinda la negra noche
un misterioso, letal placer?
Bebe en el lago, suave ternura;
sonrie al canto del ruiseñor,
halla en el bosque fértil ventura;
goza en los ayes del trovador!
Cuando risueños van los cefiros
tras de su paso, con ténue son,
juzga los ecos de sus suspiros
como respuestas á su pasion!
Y cuando eleva su vista al cielo,
creerán sus ojos que logran ver,
cruzando espacios de azules velos
una sonrisa del Sumo Ser!

PABLO. Luz de mi vida, cuánto te adoro!
reconpensarte nunca podré,
con todo el fuego que aquí atesoro
amor tan grande, tan ciega fé!

EDUAR. (Oculto) Vértigo horrible que me torturas,
si ya tu herida sentí mortal,
porqué no acabas mi desventura
con los rigores de tu puñal?
Oh! más no puedo; paciencia vana;
¿cómo los gritos de esta pasion
acallar quiero con fuerza insana,
siendo juguete del corazon?
Vierta mi alma su devaneo,
por mas que clame la sociedad!..
(En el paroxismo de la ira).
Ante las leyes de mi deseo

callen las leyes de la amistad!

Sale de su escondite, en el desórden consiguiente á su estado. Pablo, que nada sospecha, se adelanta á él, abrazándole cordialmente.)

ESCENA VI.

MARIA.—PABLO —EDUARDO, que ha salido de su escondite

PABLO. Eduardo, cuánto me alegro
de verte...la nueva fausta
conoces ya? Mi destino
por fin su rigor acaba...

EDUAR. (Aparte) Dios del cielo! Este tormento
no calculé. Dí la causa;
pues sabes que mi amistad
parte en tus dichas reclama.

PABLO. Mal hiciera si un momento
lo pusiera en duda. Basta
de circunloquios y entremos
en materia. Van mis ansias,
Eduardo amigo, á lograr
el bien que tanto anhelaban!
Me caso con mi Maria.
¿Sabes tú cuánta bonanza,
cuánta ventura inefable
para mi esas frases guardan?
Perdóname; para tí
tambien. Ya sé que tu alma
goza siempre que yo gozo
y llora al par de mis lágrimas.

MARIA. Dios sin duda al ver su amor
que la ausencia no entibiára,
y al mirar que solo en él
cifrada está mi esperanza
con tanta dicha nos prueba
su caridad soberana.

EDUAR. (Aparte) Hasta las heces el cáliz

hoy debe apurar mi alma;
celos que hervis en mi pecho,
por piedad dadme una páusa!
(alto) Bien haces en suponer
Pablo, que me alborozára;
culto á la evidencia rindes
al decir que en tu desgracia
la misma parte te pido
que en tu placer.

PABLO. Qué te pasa?
Qué tienes, Eduardo? Estás
demudado. ¿Porqué pálidas
han perdido tus mejillas
su color?

EDUAR. Tu voz me extraña!
(Con sonrisa forzada)
Estoy lo mismo que siempre...
Vés, ya me rio. No es nada ..
Ilusiones de tu mente!

PABLO. Eduardo porqué me engañas?
Tú no estás bueno. Hace tiempo
que encuentro muy demudada
tu jovial fisonomía.
Díme, con ánima franca
la causa de tu pesar.

EDUAR. Nunca me he hallado, á Dios gracias
mejor que desde que estoy
á tu lado...

PABLO. No me basta;
Por mas que me arguyas, noto
contradiccion muy marcada,
entre tu tez macilenta
y tus alegres palabras.
La triste monotonía
de nuesta vida te cansa?
Mira Eduardo que no quiero
que estés triste; tú, mi amada

y mis padres, compendiais
los anhelos de mi alma.

EDUAR. No sé como he de pagar
amistad tan noble y franca...
Señorita, no halla usted
que de la desmesurada
afeccion inmerecida,
que su Pablo me consagra,
son hijos estos temores
que en nada cierto se basan?

PABLO. Mira, María, te encargo
que le trates con confianza...
Considérale un hermano
del que te lleva á las aras.

MARÍA. En la amistad que le tienes
hay causa justificada
para que le mire yo
con deferencia sin tasa.

EDUAR. (Aparte.) Dios del cielo, dame fuerzas!
Hipocresía liviana
disfraza mis padeceres
con el velo de tu máscara!

PABLO. Estar sério, cuando á mí
me cerca ventura tanta,
cuando todo me sonrie!...
Por qué me escondes la cara?

EDUAR. (Aparte.) Oh! sí: el amigo ante todo.
mi ilusion era un fastasma!
Ven, Pablo, á mis brazos, ven...
perdona á mi estravagancia
esta súbita tristeza...
Tú sabes que soy un pária
en el mundo; no te estrañe,
que al rigor de mi desgracia
hasta mis sonrisas sean
crepúsculos de mis lágrimas.

PABLO. Pues hoy no permito llantos,

y aquí mando yo...

EDUAR. Me acaban
de convencer tus razones...
(Aparte.) Oh! Dios, qué duro es el alma
tener deshecha en pedazos
y reir á carcajadas!

PABLO. Ya que te veo reir,
tal como yo deseaba,
en completa libertad
te dejo; estás en tu casa...
manda, ordena, todo es tuyo...

EDUAR. No puedo darte las gracias,
que tantas son las que debo
á tu bondad continuada,
que siempre que abriese el lábio
debiera de nuevo dártelas.

MARÍA. Don Eduardo, usted á mí
no me ha dicho nada... nada!
no le interesa mi suerte?

EDUAR. Señorita... (Aparte) esta es la palma
sin duda de mi martirio...
(Alto.) Pido á Dios que le dé tanta
dicha, como usted merece...
Ojalá que mis plegarias
llegar hasta él pudiesen;
ojalá que aquesta llama...
(Aparte y reprimiéndose.)
Corazon, qué es lo que dices?
así la amistad ultrajas?

MARIA. Qué es lo que decia usted?

EDUAR. Nada, señorita, nada,
(Con penoso esfuerzo.)
sino que verla deseo
felíz... con el que la ama!
(María y Pablo entran en la casa)

ESCENA VII.

EDUARDO, despues de una pausa.

Lucha constante mantengo
conmigo... ¡destino amargo!
lucho siempre y sin embargo,
su imágen impresa tengo!
Decretado habrá el rigor
de ese Dios que no me escucha,
que crezca al par de mi lucha
la tortura de este amor?
Véncete, Eduardo, valor!
que domine al alma el juicio;
si es grande tu sacrificio
será tu premio mayor!
Sí! más que premio me espera?
contemplar pacientemente
el porvenir sonriente
que su mútuo amor tejiera!
Adivinar sus anhelos!...
soñar con su dulce calma...
y tener dentro del alma
rugiendo un volcan de celos!
Domina en tan hondo abismo
tu culpable insensatez!...
sabes, Eduardo, lo que es
el dominarse á sí mismo?
Labra tumba á ese placer,
dorada cárcel de un vicio!...
el deber del sacrificio
es el más noble deber!
De hoy más, conviértase en templo
mi pecho en su pena ruda...
Dios mio, dame tu ayuda!
Sociedad, dame tu ejemplo!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

EDUARDO, solo

En balde á la religion
pedí fecundos consuelos...
(Con amargura.) ¿Por qué tan hondos los duelos
que brotan del alma son?

ESCENA II.

EDUARDO.—MARIA.

MARÍA. (Saliendo de la casa.)
Qué hace usted tan retirado?
EDUAR. (Sobrecogido y aparte.) Dios mio, ténme piedad!
(Alto.) María, es la soledad
el placer del desgraciado!
MARIA. Quisiera, si indiscrecion
no es mi pregunta, saber
cuál es ese padecer
que oprime su corazon.
EDUAR. Padezco horrible martirio
que mi vida acabará...

MARÍA. Don Eduardo, ¿no será
más que martirio un delirio?

EDUAR. Ojalá, á Dios se lo pido,
no fuera mi juicio cuerdo...
Es, señorita, un recuerdo
para el cual no encuentro olvido.
Le detesto, y no me atrevo
su rigor á combatir!..

MARÍA. No lo quiere usted decir?..

EDUAR. Es que ni puedo ni debo!

MARÍA. (Aparte.) Oh! cuánta horrible amargura
en sus frases adivino!

EDUAR. No es de todos el destino
embriagarse en la ventura.
Yo al verla en mi lontananza,
casi la quiero evitar...
más, quién se presta á apagar
el fuego de su esperanza?
Quién, aunque arrostre su suerte
por siempre al deber sujeto,
osa firmar el decreto
que labra en vida su muerte?
Quién al llorar su desdicha,
tiene el valor sobrehumano,
de hacer con su propia mano
el atahud de su dicha?

MARIA. (Aparte.) Oh! Dios; qué rayo de luz!..
posible será?..

EDUAR. María,
en esta existencia impía,
cada cual lleva una cruz.
Y al fin el sino arbitrario
deja entrever misterioso,
un paraiso al dichoso,
al desgraciado un calvario!

MARÍA. (Aparte.) Siempre ese eterno delirio!
(Alto.) Dónde están esos rigores?...

EDUAR. La cruz de usted es de flores;
mi cruz es la del martirio!
MARIA. (Aparte) Me ama! Infeliz; padecer
cuánto debe!..
EDUAR. Señorita,
en esta vida maldita,
por qué es tan corto el placer?
por qué vive en la ilusion?
MARIA. Con la ilusion, no se goza?
EDUAR. Al contrario; nos destroza
las fibras del corazon.
Cuando logra preceder
la posesion de un bien real,
yo la juzgo celestial
precursora del placer.
Pero cuando nos refleja
solo una vana esperanza,
mostrando esa lontananza,
que cada vez más se aleja
sin que se llegue á alcanzarla,
es un engaño falaz,
que juega con nuestra paz
y la quita en vez de darla!
MARÍA. En el duelo que sin calma,
la soñada dicha hiela,
es donde más se revela
la fortaleza del alma.
EDUAR. Es cierto; pero hay torturas
tan impías, tan crueles;
hay en esta vida hieles
de tan horrible amargura!
MARÍA. Pues por lo mismo, á mi juicio,
esas penas horrorosas,
son las que más imperiosas
exijen el sacrificio!
EDUAR. Oh! no es posible!
MARÍA. El dolor,

cuántas veces no se calma,
cuando se propone el alma
combatirlo con fervor.
Por qué, si el sueño es amargo,
no sacude usted el sueño?...

EDUAR. Ojalá suave beleño
me sumiese en un letargo
continuo; así por lo ménos
escapando á la presion
de este indócil corazon,
y del deber á los frenos,
viviera sin esa herida
moral que arrugó mi ceño...
¡Qué triste es pedir al sueño
lo que nos niega la vida!

MARIA. Desgraciadas ilusiones;
cuánto le harán padecer!...

EDUAR. Oh! padecer no es tener
deshecha el alma en girones.
He sufrido tanto, tanto,
y todo por fin lo pierdo!...
Qué me ha quedado? El recuerdo!
Y qué me consuela? El llanto!

MARÍA Logre usted una victoria
sobre pena tan sombria.,.

EDUAR. Oiga usted, oiga, María
de mis pesares la historia;
y si arrancarle consigo
un sollozo de dolor...
vierta el llanto sin temor
sobre el seno... de un amigo!
Yo, señorita, nací
á sufrir predestinado;
á los padres que he adorado
en el Oceáno perdí;
Y si Pablo con premura
mi salvacion no intentára

yo á estas horas me encontrára
tambien en su sepultura!
La suerte debió fatal
dar término á su desden;
creyendo hacerme un gran bien,
me hizo Pablo solo un mal.
Si es cierto que me libró,
de una muerte ya inminente,
á otra muerte lentamente
sin saberlo me entregó.
En mal hora le seguí
buscando prestado hogar;
una mujer singular
cautivó mi frenesí.
Un fuego latente, interno,
vasallo tormó á mi anhelo....
Iluso! buscaba un cielo,
y solo hallaba un infierno!
¿Pues qué era aquella emocion
que en todo mi ser latía,
emocion que la agonía
decretó del corazon?
Amor; y amor infinito
que no lográra pintar...
luz de espléndido brillar;
amor; pero amor proscrito!
En vano todo el poder
invocaba la razon;
en vano su maldicion
dejaba oir el deber!...

María. Oh! Don Eduardo!

Eduar. María,
¿Comprende usted mi dolor?
por qué, si es verdugo amor
no termina esta agonía?
En combatirla me empeño;
solo alientan mi pasion,

un sueño, que es ilusion,
y una ilusion, que es un sueño!
Sabe usted las decepciones
que nuestro pecho recibe,
cuando solamente vive
de sueños y de ilusiones?
La maldad le da sancion
y la ingratitud le ampara;
solo mi amor coronára
una innoble usurpacion!

MARIA. No teniendo quien le abone
donde hallará fértil riego?

EDUAR. No es mi delirio tan ciego,
pues su caudal se compone
de un deseo que es un crímen,
de hondas lágrimas que abrasan,
de ayes mil que despedazan,
de incertidumbres que oprimen!

MARIA. Ninguna luz entrever!
Ninguna esperanza esconde?
Ninguna voz le responde?

EDUAR. Tan solo la del deber.
Y esa voz que á la par crece
de este infierno tan cruël,
en cáliz de amarga hiel,
á mis suplicios ofrece:
como castigo, vivir,
como premio, una tortura,
como ángel, la desventura,
como esperanza, morir!
Juzgue usted ya, si razon
tuve al decir que mis cuitas,
eran muchas, infinitas,
para un solo corazon!
Oh! qué terrible es sufrir,
y tener con tanto amar,
por martirio el despertar,

por ilusion el dormir!
Ni recuerdos que olvidar,
ni sonrisas que perder;
ni delirios que esconder,
ni olvidos que recordar!

MARÍA. Dé usted tregua á esos anhelos!

EDUAR Es que no puedo, María,
un triple grito me guia:
amor, padecer y celos!
Qué distinta es la pasion
casta y dulce en sus delirios,
como el amor de esos lirios
que crecen en el balcon,
á esta tortura incesante,
á este frenesí buscado,
á este suplicio malvado
que no me deja un instante!
Amor, cuya intensidad,
hasta amor al crímen brota...
amor que en el alma agota
el amor á la amistad!

MARÍA. Don Eduardo, le conviene
con calma reflexionar;
qué bien le podrá brindar
un amor que solo tiene
por enemigo un deber,
por barrera un imposible,
y el fallo de Dios terrible
por premio de su placer?

EDUAR. Es cierto; todo es verdad;
pero es tambien evidente,
que yo me siento impotente,
confieso mi nulidad,
para poder destruir
con razon que yace esclava,
el volcan de ardiente lava
que hace mis sienes hervir,

Sufren mucho mis anhelos,
y aunque es tanto mi sufrir
casi gozo con seguir
sufriendo en mis propios celos.
El réprobo del eterno
fuego, al sentir el calor,
casi goza en su dolor
porque le abrevia su infierno.
El esclavo, bajo el yugo
del dueño que le maldice,
casi el látigo bendice
porque en él mira un verdugo.

MARIA. Don Eduardo le he escuchado,
y comprendo con dolor,
que un imposible á ese amor
el destino ha decretado.
Si fuerzas pidiendo á Dios
lograse usted dominar
esa ambicion singular
que va de un crímen en pos;
si usted en borrar se ceba
ese empeño malhadado
que el deber no ha sancionado,
y la sociedad reprueba,
no solo conseguirá
la paz de su corazon;
su propia satisfaccion
el premío le otorgará.
Labrará su inteligencia
libre de tal enemigo,
la ventura de un amigo;
la dicha de una conciencia!
En sus manos está hoy
la tranquilidad querida,
la ventura merecida
de aquel cuya esposa soy...
Parta usted; lleve consigo

ese amor; nadie lo impide...
Es una amiga que pide
por la dicha de otro amigo!

EDLAR. Partir!

MARIA. Sí; yo se lo ruego.
Por mí, no lo hará tampoco?

EDUAR. Partir, al que se halla loco
de amor, y de celos ciego!

MARIA. Qué esperanzas aquí estando
guardarian sus anhelos?

EDUAR. Podria mis propios celos
seguir sin tregua apurando!

MARIA. Eso es impío!

EDUAR. Tal vez;
segun el temple del alma.

MARIA. Tenga usted, por Dios, más calma.

EDUAR. Más calma! Qué insensatez!
Cuando mi existencia apura
su veneno calma ansía?
Pida usted, pida María,
con su angélica ternura,
al rio que su corriente
detenga; al mar que no ruja;
á la selva que no muja,
que no se mueva al ambiente.
A los pájaros que callen;
al sol que en noche se trueque;
al arbusto que se seque;
á los volcanes que estallen!
Que desciendan á los cielos,
que muestre su arcano al alma...
Pero no pida usted calma,
María, al que tenga celos!

MARIA. Parta usted, parta por él...

EDUAR Por él!

MARIA Por el que la vida
salvó á usted de la homicida

guadaña, en un trance cruel.
En vez del sueño traidor,
cuyo mentido reposo
causa un tormento horroroso,
no prefiere usted mejor
gozar del sueño inocente
que disfruta el que bien obra?...
El que eleva sin zozobra
al mundo entero su frente?
El que triunfó de su anhelo
y evitó un crímen mayor!...
el que puede sin temor
levantar su vista al cielo!
Quién de su causa en la esencia
da al alma más beneficio...
¿el llanto del sacrificio
ó el llanto de la conciencia?
El primero en su amargura
se seca, porque es fecundo...
Pero ay! Eduardo, el segundo
es una eterna tortura.
Fugaz ó largo tormento
esos llantos han causado,
el uno un placer frustrado,
el otro un remordimiento.
El uno el tiempo lo calma,
el otro el tiempo lo aumenta,
y cada instante acrecienta
más el martirio del alma!

EDUAR. Oh! Dios mio, es la verdad!
(Aparte.) Destino terrible y cruel...
todo se lo debo á él,
vivo por su caridad!
(Alto.) María, es cierto; olvidaba
por mis celos estraviado
que él la vida me ha salvado...
Qué haré?.. Partir deseaba...

MARIA. Yo á los cielos pediré
que le tornen la alegria...
¡Hágalo usted por María,
Don Eduardo!

EDUAR. (Despues de una terrible y breve lucha.) Partiré!..

MARIA. Su resolucion bendigo...

EDUAR. Un punto aguardar deseo.
Es la última vez que veo
á la esposa de mi amigo.
Con vehemente frenesí
me he de lanzar á la guerra.

MARIA. La guerra!

EDUAR. Solo me aterra
la guerra que llevo aquí! (Señalando al corazon.)
De mi triste juventud
será la esperanza sola
gozar la tranquila aureóla
que me ofrece el atahud...

MARIA. Infeliz!

EDUAR. Y miéntras sigo
buscando en vano la fé,
dos recuerdos guardaré:
el de usted y el de mi amigo!
(Pablo, que ha llegado algunos momentos ántes, se presenta)

ESCENA III.

Dichos, PABLO.

PABLO. ¿Quién habla aquí de recuerdos...

EDUAR. (Aparte.) Protéjeme, Santo Dios!
Él otra vez; él do quiera.....

MARIA. (Bajo á Eduardo.) Es su amigo...

EDUAR. (Aparte.) Maldicion!

PABLO. (Asombrado.) Que os pasa á los dos que así
me esquivais?

MARIA. (Aparte.) Calma y valor,

para que nunca sospeche
lo que turba su razon...
(Alto) Hartos motivos me sobran
para que no luzcan hoy
en mis lábios las sonrisas...

PABLO. Dí pronto... qué motivó...

MARIA. Sabes que nos abandona
Eduardo!

PABLO. (Con mucha admiracion.) Qué obcecacion
es esa que así te impulsa
á abandonarnos traidor,
cuando se acerca el instante
en que ha de brillar el sol
de mi dicha? Es eso cierto?
Nos dejas?..

EDUAR. Tuvo razon
al decírtelo Maria...
Parto.

PABLO. Y qué causa encontró
tu juicio para ese viaje
tan imprevisto!

EDUAR. Es que soy...
(Aparte)
Qué iba á decir... (Alto.) Es que quiero...

PABLO. No encuentras la esplicacion;
y hasta tu lábio se niega
á dar salida á tu voz.

EDUAR. Mira, Pablo...

PABLO. (Resentido) Así me pagas
esta constante afeccion
que llegué á juzgar eterna?
Ingrato!

EDUAR. (Bajando la cabeza) En verdad lo soy!

PABLO. Maria, esplicarme puedes
de esta partida veloz
el móvil...

MARIA. (Aparte) Oh! qué destello!

Ven en mi ayuda, ficcion...
(Alto.) Tal vez su salud...

PABLO. Infiero
que habrá de hallarse mejor
entre amigos que le quieren,
que entre estraños...

EDUAR. Voy en pos
de médicos...

PABLO. No me engañes,
por obtener mi perdon.
Las dolencias de tu alma
no las alivia un doctor...
La quietud, la soledad,
la dulce meditacion
y el cariño de un amigo,
son el bálsamo mejor,
para curar los dolores
que emanan del corazon.

EDUAR. Sin embargo, no es tan solo
la salud la que impulsó
á mi mente, amigo mio,
á tal determinacion.
Voy en busca de emociones,
de anhelos...

PABLO. Calle tu voz;
busca emociones y anhelos,
quien niega el divino amor?
Vamos Eduardo, tú ocultas
algun terrible dolor,
bajo esa alegre apariencia
que te está haciendo traicion.
María...

EDUAR. (Con rapidez y bajo á María.) Pronto, un pretesto
señorita!

MARÍA. Pablo, yo
voy á decírtelo todo...
La noble resolucion

de Eduardo encomio merece...

PABLO. Esplicádmela mejor.

EDUAR. (Aparte.) Qué irá á decir...

MARÍA. A mi pecho
hoy el suyo confió
una oculta circunstancia
que ignorábamos los dos.
Amantes brazos le esperan
avaros de su calor;
dulces besos, impregnados
con aroma de pasion,
impacientes su llegada
aguardan...

PABLO. De veras? No
mereces que te perdone...
Con que eres tú el que el amor
negaba?.. Pero eso es cierto?..

EDUAR. Sí; te lo juro por Dios.
(Aparte.) Perdona, cielo, un engaño
por la paz de un corazon.

PABLO. Pues no digo nada entónces;
parte, hijo mio veloz...
De la vida en la balanza
ya se cuán distintos son
el peso de la amistad
y el peso infiel del amor.

EDUAR. (Aparte.) Dios mio yo desfallezco!
Préstame tu proteccion
hasta el fin...

PABLO. Volver me juras?

EDUAR. Volveré... Amigos, adios!..
Si acaso pasan los dias
avaros de otros en pos
y no vuelvo, tributad
un recuerdo bienhechor
de cariño, al que por siempre
os lleva en su corazon!

PABLO. Por qué así te desesperas
cuando te aguarda el calor
de una dicha?..

EDUAR. De una dicha!
sí, Pablo, tienes razon!
No es la verdad, señorita?
Por qué tan dichoso soy!
Me abruma el peso de tanto
placer á la vez!

PABLO. Tu voz
mal con tus frases concuerda...

MARÍA. (Bajo á Eduardo.)
Que vá á comprender!

EDUAR. Si estoy
muy contento... Ves? Me rio;
me rio de corazon,
me rio de ésa fortuna
tan inmensa... tan atroz!
(Aparte.) Abreviemos este trance,
que ya el valor me faltó.
Señorita, acepte usted
este recuerdo... (Sacando del pecho una flor)

MARÍA. Una flor...

EDUAR. (En voz baja á María.)
Aun húmeda de mis lágrimas,
aun tibia de mi calor...
(Alto) Guárdela usted en su pecho...
(Reparando en Pablo, que le escucha.)
Oh! qué romántico estoy,
no es cierto, Pablo?

PABLO. (Aparte.) Me abismo
en horrible confusion.

EDUAR. Adios, Pablo...

PABLO. Adios Eduardo.

EDUAR. Señorita... (Aparte) Qué emocion...
Hasta que á vernos volvamos,
no es cierto?

PABLO. Quiéralo Dios!
EDUAR. Sed tan felices entrambos
como al cielo pido yo...
No me olvídeis... (Desde la puerta.)
PABLO. Vé tranquilo.
EDUAR. Se me parte el corazon!..
(Sale por la puerta de la verja)

ESCENA IV.

MARIA —PABLO.

MARÍA. (María, mientras Pablo abraza á Eduardo en la puerta)
Tuvo un ansia, y la ha vencido,
una lucha, y la ganó!..
Dios mio, ten de sus lágrimas
bienhechora compasion.
PABLO. No concibo amada mia
tal partida. No me habló
nunca de ese amor oculto.
MARÍA. Infeliz!
PABLO. Su decision
me sorprende... Por furtuna.
sabes algo más que yo...
podrás á tan hondo enigma
dar alguna esplicacion?
MARÍA. (Aparte) Por qué turbar su ventura
revelándose ese amor?
(Alto) No Pablo, no lo sospecho...
dolores nos manda Dios
á veces, que ni al amigo
el corazon confió;
y presumo que el de Eduardo
será así.
PABLO. (Sombrio) Dice tu voz
una verdad; respetemos
su extraña resolucion.

ESCENA ÚLTIMA.

PABLO. (Saliendo al encuentro de Magdalena.)
Sabes?...

MAGD. Sí, todo lo sé,
ya ha partido.

MARÍA. Madre mia...

MAGD. (Aparte á María. Que nunca sepa, María,
lo cierto.

MARÍA. Lo callaré.

PABLO. Solo estoy. Ya hasta su abrigo
me ha negado la amistad...
Oh! qué terrible verdad...
¡Qué raro es un buen amigo!
En vano mi alma afanosa
le llamará; mal me cuadre...

MAG. Pablo!

PABLO. (Arrojándose en sus brazos.)
Ah! sí, tengo una madre!
gracias, Dios, tengo una esposa! (Por María.)
Si permites lo que ansío
mañana nos casaremos,
y felices viviremos
con vosotros...

MAG. Sí, hijo mio.
Ya los pasados rigores
no anublan tu porvenir...
dichoso podrás vivir
con estos lazos de flores...

PABLO. No olvidemos, madre mia,
de dicha al vernos rodeados,
á esos pobres desgraciados,
víctimas de suerte impía;
al pobre Eduardo...

MAG. Tambien;
aunque él su pena aumentó,

pues por sí mismo buscó
cuanto le aparta del bien.

Magdalena está en el centro, Pablo á su deracha y María á su izquierda

Infelices de esos séres,
que luchan con la razon
por vencer del corazon
los múltiples padeceres!
Roguemos á la clemencia
de Dios, que mi acento escucha,
por que venzan en la lucha:
por que salven su conciencia!

(Arrodillándose los tres en la disposicion en que se hallan situados. Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Un caso crítico.	En un acto y en verso.
Una romeria afortunada.	Id. id.
El socialista.	Id. id.
Percances del periodismo..	Id. en prosa.
Deber y afecto en contienda..	En tres actos y en verso.
El cáncer moral.	Id. id.
La piel del tigre.	En cuatro actos id.









